

ESTETICA FUNDAMENTAL EN EL DISCURSO DE LAS NACIONES

Otilio Flores Corrales

Resumen

La violencia y la guerra hoy, a escala internacional como fenómenos de Estado, y entre Estados, son síntomas que ponen en entredicho no sólo la eficacia, sino la razón de ser de las democracias contemporáneas de Occidente y con ello, de toda su estructura institucional, jurídica y discursiva. Aquí se problematiza frente a la violencia legal, el papel fundamental de la “política” como oficio y como pensamiento, como técnica y como estrategia que ha olvidado al humanismo.

Abstract

Nowadays, violence and war at a global scale, both as state and among states issues, are symptoms that cast doubt upon the efficacy and the very own “raison d’être” of western democracies, and thus of their whole institutional, legal and discursive structures. In this essay, in regard to legal violence, the basic role of politics as craft and as thought is not questioned, but as technique and strategy that has forgotten humanism.

¿Cómo fuimos capaces de beber el mar?
¿Quién nos dio la esponja para borrar
todo el horizonte?
¿Qué hicimos cuando desencadenamos

esta tierra de su sol?
¿Hacia dónde se mueve ahora?
¿Hacia dónde nos movemos nosotros?
¿Lejos de todos los soles?
¿Nos caemos continuamente?
¿Y hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante,
hacia todos los lados?
¿Hay un arriba y un abajo?
¿No erramos como a través de una nada infinita?
¿No nos sofoca el espacio vacío?
¿No se ha vuelto todo más frío?
¿No llega continuamente la noche y más noche?
¿No han de ser encendidas las lámparas a medio día?
¿No escuchamos aún nada de ruido de los sepultureros que entierran a Dios?
¿No olemos aún nada de la descomposición divina?...

Friedrich Nietzsche

I.

Los síntomas que presentan nuestros días, no son exclusivos de estos tiempos. La violencia es una constante que bien vale ser materia prima para una reflexión profunda, académica, política, diplomática, de matices, de aristas y de alcances siempre múltiples y complejos.

No voy a entrar en cuestiones de carácter meramente históricas para penetrar “la contemporaneidad” dada la naturaleza, espacio y tiempos de este artículo, para no extenderlo en demasía.¹

El contexto global es hostil. Son tiempos efecto de “la modernidad”, de la causística, de “la técnica”, de la fría frivolidad de un mundo de la eficacia, del consumo... del olvido del Espíritu, del descuido del humanismo en su acepción más esencial.

Tiempos en donde la característica mayor es dual: por una parte, tenemos la velocidad con la que se viven mundialmente acontecimientos

¹ Otilio Flores Corrales, *Ideas esenciales sobre la situación humana*, libro aún inédito que pronto saldrá a la luz pública. Se analizan, con más detalle, tópicos que se señalan en este artículo.

de manera simultánea, tanto social, como colectivamente (velocidad que ciertamente quita vida, memoria y hasta proyección en las vidas de estas individualidades y sociedades); y por la otra, la reducción de enfocar y hacer de la política, mera técnica sin fundamento ni alcance, características —que entre otras también capitales— suscintamente han provocado (como efecto y como causa) síntomas de mayor alcance que se viven en “la indiferencia”² con la que se conducen los hombres de nuestro tiempo.

Por ello es menester atender los “principios-raíces” con los que movemos —como humanidad, concreta y abstractamente— al mundo. Hay vértices con los cuales no sólo entender sino comprender y hasta modificar situaciones límite de nuestra existencia, no obstante los elementos que nos ofrecen algunas disciplinas como: la psicopatología;³ la etno-antropología; las filologías y los estudios indispensables de las religiones, son aspectos escasa o nulamente sometidos a los foros y claustros de trabajo en donde se indagan los problemas centrales del mundo a escala internacional.

Conjuntamente con el humanismo, hemos —como entes modernos— hecho de lado las enseñanzas que nos da la poesía, la filosofía o la estética y hemos idolatrado estúpidamente (al menos en Occidente) a todo lo que huele a “ciencia”; por tanto, el precio lo vemos ahora con creces en la conducta de nuestros contemporáneos. Haber querido dejar las figuras de los mitos primeros, nos ha costado sangre en son de imponer los novísimos, en suma, los que legitiman a los más poderosos de entre los más poderosos.

Y aún así, con palabras de Walt Whitman, “desde ríos dolorosamente estancados, desde aquello en mí sin lo cual nada sería y que estoy deci-

² Al respecto, uno de los trabajos del siglo pasado más significativos fue el de Heidegger, *El ser y el tiempo* (FCE), en donde de manera velada, junto con el existencialismo de su tiempo, figuran a los problemas de la “nada” del “sentido” y de la “muerte” como ejes torales de tales disertaciones.

³ Otilio Flores Corrales, “Psiquiatría política: patologías de Estado”, pronto se publicará en esta Revista.

dido a enaltecer aunque quede solo entre los hombres...”⁴ no debemos renunciar a volver a pensar los grandes problemas (como la guerra, la identidad, globalización, separatismos... etcétera) a partir de categorizaciones de la complejización de ramas del conocimiento antiortodoxo. De ahí la imperiosa necesidad de hablar con elementos que nos ofrece la estética.

¿Por qué hablar de estética hoy? En griego clásico, esta palabra significa sensibilidad. Y más que pensarla como un conjunto de corrientes y de cánones valorativos sobre lo bello y lo sublime (como lo hizo por ejemplo Kant⁵), a ésta —es decir, a la estética—, la hemos de entender como a la reflexión de la forma en la conciencia de la cultura que en Hobbes⁶ y en Hegel⁷ hacen de sí al Estado. Por tanto, la estética es dadora de sentido y es también elemento clave de la realidad, en rigor, del presente.

Ciertamente las Relaciones Internacionales son dos grandes cuestiones: se entiende por ellas, por un lado, a una disciplina de las llamadas Ciencias Políticas y Sociales, y por el otro, a un fenómeno que se da entre Estados en términos internacionales. Pero ni en una ni en otra cuestión, las Relaciones Internacionales son sólo asuntos de diplomacia —protocolo (tratados o cumbres)—, ni sólo comercio exterior.

Tenemos un pie en el espacio exterior y los medios de comunicación son cada vez más extravagantes y ello hace y merece otro tratamiento tanto de la disciplina como de la interacción mundial. Una antropología de la transformación conductual planetaria como estética de la ética ciberespacial, tendrá que ser materia obligada en todo estudio sobre las transformaciones históricas que nos tocan vivir y de alguna manera ser partícipes.

⁴ Citado por Karl Kerényi en su libro *Dionisios, raíz de la vida indestructible*, Herder, 1998, p. 199.

⁵ Cfr. Por ejemplo, con su “crítica del juicio” o sus “Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime”.

⁶ El trabajo más revelador, sin duda, es su *Leviatán* (FCE), segunda parte: “sobre el Estado”.

⁷ *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, 535 pp.

II.

Me parece que es posible hablar de temas base y mundiales sin limitarnos a pensarlos sólo como Occidente. Por tanto, al hablar sobre “estética” (sin asumir en ella únicamente a las de Occidente⁸) he de pensarla como un conjunto de códigos que rebasan a las etnoculturas, para poder en ellos —es decir, en este conjunto de códigos— esquematizar algunos rasgos humanos que contengan todas las culturas (que se concretizan en la de los Estados) como sentido de vida y de existencia.

Llamo Estética fundamental no a una fundamentalista, ni a una que quiera ser única, unívoca, absolutista o totalitaria, sino a una especie de “querer vida o sentido vital” que todo pueblo, cultura o individuo posee. Homero, Heráclito, Buda, Jesús o Zoroastro, Mahoma o Tlacaéletl, Salomón y Nietzsche, todos de alguna manera contienen una especie de sentido cósmico del hombre, una estética fundamental con la cual, como signos, todos comparten.

El discurso global no cambia; el aparente querer la paz lo impregna todo. Y por la paz —irracionalmente— hay que proclamar la guerra: la paradoja está bien clara, ascender, crear y mantener justicias infinitas o libertades duraderas aplastando injustamente no sólo a un pueblo, sino a toda una cultura, que como toda cultura es digna de respeto y de admiración... esto nos hace ver que realmente quien fracasa en estos hechos de barbarie, son las vértebras de la democracia con el tenor del dominio militar, económico o bursátil del que puede más. ¿Y la razón, entonces? Razón entendida como tolerancia, como diplomacia, como entendimiento y como medida...

Acaso quepa aquí entrar en un reflexión polémica de una ética del mal.⁹ De una ética estética, de la estética de la ética que impera y que es motor de la fiebre del querer tener más sobre el poder ser mejor.

⁸ O a las que se han autoproclamado parte de la tradición formal de la cultura sin más.

⁹ No está de más señalar el estupendo libro de Ernest Becker, *La estructura del mal*, editado por FCE.

El contenido del discurso se maneja bajo los móviles rectores de la complacencia de la masa de los pueblos, a encuestas, a *marketing*, y a la compra-venta de imagen, entre lo que se dice y se quiere decir que se hace en las poderosas figuras mediáticas de los principales medios de comunicación masiva. Contenido por demás efímero dependiente de elecciones nacionales para contender por “puestos” en donde se cree que están los mandos, aunque no la inteligencia ni los intereses determinantes de la administración de países enteros.

Estética discursiva vestida con indumentaria propia del Derecho internacional, nacional, étnico, pluriétnico... estética jurídica que de poco o de nada alimenta la esperanza perdida de una humanidad cada vez más atroz, desigual, inequitativa.

Estética del discurso político, de la política sin sentido y sí incentivada por los intereses más perversos que descuidan, que olvidan y que anulan los senderos que da la educación y el consumo de cultura. Pronto nos hemos desentendido del significado de política y hemos puesto en su lugar sólo estrategias legales, legislativas, legítimas o no, instrumentales o simplemente técnicas para ascender, conquistar, conservar “el poder” y nada más.¹⁰ Hemos, en rigor, dejado de asumir a la política como una posible forma de entendimiento y entonces de comprensión al “otro”; hemos dejado de saber que siempre “el otro” es el “uno mismo”.

Estética epistémica heredada de Platón, del platonismo y del aristotelismo cristiano que nos hace ver a la realidad como a “lo Uno”: error funesto que ha generado muchas veces tan sólo en estos últimos dos mil años, guerras santas, cruzadas, genocidios, inquisiciones, invasiones y destrucciones de culturas y de pueblos enteros: baste un botón como muestra, la riqueza que fueron anulando desde hace ya más de quinientos años en lo que hoy conocemos —por cierto, conocemos poco— como Mesoamérica... “unidad de lo diverso”,¹¹ composición heteróclita de una complejidad desconcertante.

¹⁰ Y esto no es nuevo. Francisco Suárez también lo ponía en la mesa de trabajo. *Cfr. La doctrina política del P. Francisco Suárez*, Jus, 1948.

¹¹ Existe un artículo magistral del profesor Luis Ignacio Sáinz en la *Revista Americana de Ciencias Sociales, Secuencia*, número 7, México, enero-abril, 1987, editada

Estética epistémica que directamente atañe a los paradigmas de las democracias del mundo no sólo occidentales. Estética con fundamentaciones pseudoreligiosas; estética que no ha tenido el calibre de poder saber de quien no piensa, habla o se conduce de manera distinta, llámenseles como se les quiera llamar. El desconocimiento del mundo ahora se hace visible en culturas que se esconden en los caminos de la virginidad que no acepta interlocutor, diferencias ni argumentos... los fanatismos y los separatismos tienen múltiples vectores que hablan más de razismos que de una cultura auténtica de “identidad”.

La estética Diplomática se ha volcado en más de las veces en ser sólo un instrumento para el espionaje que para la vivificación de intercambios múltiples de cara al Espíritu del Derecho no sólo internacional; estética diplomática que ha perdido el sentido del enriquecimiento posible como instrumento real entre y para Estados. Diplomacia que se asemeja más a la administración y mantenimiento de oficinas en el exterior, que ejes nodales en la política exterior como *policy and the politics* como grandes ramas del pensamiento de Estado. Fría estética del consumo de tiempos y de herramientas hacia una solidaridad con los problemas de personas de carne y hueso.

La preocupación entre y de los Estados como Naciones, más allá de la diplomacia formal, del discurso como efecto de “un querer meramente formal”, invita más a pensar en la estructura de la mentira que en la cultura que habla con tal formalidad.

Las aristas de las democracias políticas más allá también de las democracias electorales, buscan hegemonías como consensos en los más altos grados de eficacia. Y esa estética ha de rebasar la mera “fórmula” para plasmar el más amplio sentido humanístico en la esencia de su ser, el diálogo. Pero tratar a la política como mera técnica, es olvidar que ésta es un campo fértil no sólo para conocer y ascender al diálogo, sino para

por el Instituto Mora llamado: “América Latina, hacia una unidad de lo diverso”, pp. 140-156, en donde se recoge toda una reflexión interesantísima y erudita respecto a la constitución a la que se refiere el título del artículo y el entrecomillado que uso aquí.

comprender al sujeto-interlocutor como un arte de pensar en el hacer, en el gobernar, dirigir y presentar posturas frente a las diferentes.

III.

Las genealogías de los principios de las diplomacias, son lo que genera el alcance del discurso político internacional. Alcance entendido como acumulación de inteligencia transformada en sofística y hasta en retórica en donde el discurso que vence, se transforma en “verdad”.

El pensamiento de Estado se produce más allá de sus raíces y de sus pretensiones jurídicas. Es construcción vectorial entre el pensamiento de los *aristós*, como dirían los griegos, de la “voluntad general” roussoniana, de las sociedades abiertas poperianas, y del mando anónimo del imperio de la economía. Construcción vectorial que expresa la dinámica de la moral en turno y que se escuda en son de pertenecer a la mayoría. La dificultad que presenta la responsabilidad así, siempre será un problema. Hay un dilema principal que parece obvio: la lucha que existe entre acuerdos y “verdad”; “verdad” como des-ocultamiento, como transparencia, como capacidad de esclarecimiento, como vocación ética y como postura de vida..., no como el *dictum* absolutista o el argumento inamovible. La fusión entre democracia y *episteme* no es asunto menor.

¿Cómo expresamos un sentido posible del mundo sino a partir de los senderos que determinan los cánones del mercado? La humanidad toda paga la factura de este principio con el hambre, y con los desequilibrios ecológicos a costa del principio también de la ganancia. Y esto lo afirmo sin el *slogan* de algún marxismo, sólo con un mínimo de sapiencia de macroeconomía con ejes en las bolsas y en los movimientos bursátiles. Esa también es la estética del derecho de las naciones.

Lo que “genera” este sentido dictamina la nulificación de un posible pragmatismo del conocimiento académico: ¿para qué tal conocimiento si “nos entendemos” por la fuerza? ¿Acaso los títulos son sólo eso, títulos nobiliarios sin fundamento en el poder ser, elementos-garantía de ascender del conflicto a la palabra?

El discurso estético —en esencia—, no obstante, siempre ha rebasado al quehacer económico y hasta coyuntural: la política está más allá de la economía, y pueblos que han supeditado la política a la economía, simplemente son como jinetes sobre un caballo desbocado que se dirige al abismo sin contenerse.

Pese a la desesperanza, el sentido de “sobrevivencia” o de “trascendencia” supera la guerra. *Eros* domina al dios *Ares*. Este principio mítico, cósmico no sólo griego, es fundamento de toda dialéctica humana desde la antigüedad. No saberlo es un error. Aunque hoy hay guerras que presenciamos sin virilidad y sin épica: razón suficiente para replantearnos el significado y contenido del término “guerra”.

Se trata de una estética virtual incluso para preparar el aniquilamiento del “enemigo identificado”. Razón también para replantearnos qué hacer ante las francas violaciones a los acuerdos de la Convención de Ginebra¹² en el caso del conflicto sobre Afganistán, o de la matanza de palestinos en manos de los israelís. ¿Qué sucedería si el pueblo palestino tuviera en su poder el armamento que maneja Israel? ¿Qué si la India musulmana abre su arsenal nuclear contra Occidente?

La responsabilidad en los conflictos es transhistórica. La estética se ve inmediatamente reflejada en la eticidad de quien la protagoniza. Reitero: tenemos un pie en el espacio y parece que nuestra naturaleza de hombre de las cavernas en nada ha cambiado. Habrá pues que decir otras cosas en otra parte sobre psiquiatría política y patologías de Estado.¹³

La pérdida de sentido ético, ha hecho que este fenómeno se autodenomine posmodernismo. Y toda estética contemporánea está impregnada por esta forma de ver y de asumir las cosas. Se trata de una estética

¹² Desde la Convención aprobada por la Conferencia Internacional en Ginebra (Suiza), de 1864 hasta las del año 1949, pasando por las de la Haya (1954), se ha planteado el derecho que emerge a partir de ellas de proteger a militares enfermos y heridos y del personal médico que los atiende, así como la protección tanto de civiles como de objetos culturales durante la guerra ... que como se ha visto, no se han respetado de cara a la muerte masiva y anónima que ha sido característica de la forma de aniquilamiento de afganos en estos días.

¹³ Véase nota 3.

general como una estética del que vence: una estética comercial que nos conduce a la guerra porque ella es rentable, y ella se convierte así en “la del bien supremo”, en la libertad duradera o en la justicia infinita. Y sin embargo, lejos de resolver algo, esta “libertad duradera” ha reactivado y acentuado conflictos bélicos a escala mundial. ¿A quién le conviene la guerra, a quiénes beneficia, a quiénes les resulta rentable —por supuesto, a escala planetaria— el consumo de armamento y de movilizaciones de ejércitos mayúsculos y élites?

Habrá que filosofar nuevamente sobre la naturaleza de la paz, sobre la violencia y los alcances de ellas en la historia. Tal vez el supuesto de pensar a la paz como un sentido no sea correcto.

El patrimonio no es un fin; los principios son eje. Pero esta enseñanza es casi mística entre nosotros. Los llamados derechos humanos son todavía materia de controversia en los tribunales de prácticamente todo el mundo. Y la simulación sigue siendo a la par, amiga de la abogacía de todo tipo de delincuencia, sobre todo, de la más elegante, de la que se hace en nombre del derecho, e incluso, en nombre del conocimiento o de las mayorías... ¿pueden equivocarse las mayorías? —la democracia jamás ha sido un fin en sí misma— ¿en nombre de las democracias, se puede legitimar a la muerte (de quien sea)?, ¿en nombre de una mayoría es realmente legítimo llevar a cabo guerras civiles? Ciertamente la democracia debe de estar más allá de la sumatoria de votos, pero a la democracia como técnica, difícilmente se le ha visto de otra forma.

La civilidad pues, pese a ser un aparente proyecto olvidado, es móvil del sentido ético de los hombres. Pero como síntoma significativo de este “putrefacto proyecto”, en términos de masas, se presenta el insuficiente contenido y sentido de la palabra, por cierto, muy de moda en los desfiles de intelectuales que viven de ella.

De cara a estos problemas, ¿cuáles son las formas alternativas (y posibles) de la comunicación política internacional? Tal vez tengamos que retornar e igualmente avanzar, no hacia la razón ni a la racionalización, sino a las acepciones profundas de figuras filológicas y antropológicas como las del amor y las de los sueños.

Y en este punto también importa señalar que no me estoy refiriendo

al mero romanticismo, ni tampoco a las bagatelas de Freud ni del psicoanálisis.

¿Pero para qué, para quién estas palabras? El trabajo no debiese de ser un ornato. ¿Para qué el pensamiento, para la acción sin interlocutores con capacidad de “acción”? Tal vez aquí y ahora están, o esté, esa posibilidad, esos hombres principales; pero si no, hoy les escribo a los del futuro, a los que pueden serlo, y probablemente están frente a estas palabras.